

Cómo un médico recuperó el tren de la medicina

R. Aguilera Vaquero

Yo nací en Granada, hace 78 años, en una familia de clase media. Soy Médico Titular jubilado y aún ejerzo la medicina privada. Tenía dos hermanos, el mayor me llevaba once años y mi hermana me llevaba diez. Mis padres hicieron enormes sacrificios para que todos estudiáramos alguna carrera. El mayor, Antonio, hizo Ciencias Químicas. La mediana, Mary, Filosofía y Letras. Yo, moralmente, también estaba obligado a hacer una carrera, pero, la verdad, no tenía ninguna vocación ni deseos de estudiar. Lo que me gustaba era hacer deporte, jugar al fútbol, al baloncesto y al billar, y salir con las niñas. El estudio era para mí lo menos importante, aunque por los pelos, aprobaba todos los cursos, sin destacar en nada.

Cuando terminé el Bachillerato y la Reválida, no tenía más remedio que iniciar una carrera y escogí Medicina, más que por otra cosa, porque sabía que eso le gustaba a mi padre y, sobre todo, a mi madre. La verdad era que seguía sin tener ninguna vocación para el estudio.

Así empecé mi carrera de Medicina, procurando aprobar todos los cursos en Junio, pero dedicando más atención al deporte y a «otras cosillas». Como es lógico, algunas asignaturas me gustaban más que otras, pero eso dependía más del profesor que de la materia estudiada.

Cuando comencé a ver enfermos y a contactar con su vida y sus problemas, aquello empezó a interesarme y comprendí que con mis conocimientos, podría aliviar, curar o consolar a la gente y eso llegó a constituir un gran acicate para mí. Así se inició mi interés por la Medicina.

Pero, cuando obtuve el título de Médico, me dieron una plaza de interino en un pueblo y, de pronto, me encontré solo ante mis futuros pacientes; fue cuando verdaderamente comprendí la grandeza y la singularidad de mi profesión y, sobre todo, la urgente necesidad que tenía de saber y de estudiar más, para llegar a ser un buen profesional en el que confiaran mis enfermos y tuvieran la seguridad de que yo podía aumentar su salud y

su bienestar. Pero ya estaba lejos de la Facultad, ya no tenía a quien preguntar mis dudas, ni con quien consultar mis problemas. Ahora sí que buscaba los libros desesperadamente y echaba en falta no haber dedicado más tiempo a los pacientes y al estudio, durante la carrera, durante mi estancia en la Universidad, que es cuando se aprende de verdad, guiado por un buen maestro.

A los tres años de haber terminado la carrera, obtuve una plaza de Médico Titular por oposición y tres años después, ya había ejercido la profesión en tres pueblos distintos. Ahora sí consultaba los libros diariamente, leía todas las revistas de Medicina, que eran muchas, que llegaban a mis manos y tomaba nota de todo lo que me pudiera interesar a mí o a mis pacientes. Me faltaba tiempo para devorar conocimientos, pero, en el fondo de mi ser, comprendía que me faltaba algo para sentirme satisfecho. Echaba de menos el contacto con el Hospital, con los maestros que rebosan ciencia, experiencia y sabiduría; en una palabra, con la medicina con mayúscula, con la Medicina que sólo se aprende ante el paciente, pero dando los primeros pasos de la mano de un buen maestro, el cual también aprendió de la misma manera.

En aquellos años comprobé que, por mucho que estudies y aprendas, siempre puedes equivocarte y ello, lo comprendí mucho mejor, cuando en una Revista Médica leí que «para evitar radicalmente los errores de los médicos, el único método es dejar de trabajar».

A pesar de lo mucho que estudiaba y leía, cuando pasaron cuatro o cinco años, sentía en lo más profundo de mi ser, que estaba perdiendo el tren de la Medicina; por lo menos, eso era lo que a mí me parecía. Era una sensación desagradable que me intranquilizaba e invadía mi pensamiento y que no encontraba forma de librarme de ella. Mis dudas eran constantes y mi conciencia no paraba de golpearme con tal fuerza, que en ocasiones se me hacía insoportable. Estaba obsesionado con la idea de que algunos de mis pacientes podrían salvarse si supiera más.

Tuve la suerte de solicitar una plaza cercana a Jaén y, gracias a un delegado de Laboratorio (el célebre Cristóbal Aranda, muy conocido en la capital y en la provincia, y que posteriormente fue un gran amigo mío), me enteré de que, en un Hospital de esa ciudad, trabajaba un médico a quien había conocido en la Facultad y que, desde muy joven, había demostrado ser un gran maestro. Este médico era y es (porque, gracias a Dios, todavía vive), Don José M.^a Sillero.

Lo estuve pensando unos cuantos días, muy pocos, y una mañana me presenté al Dr. Sillero en el Hospital, en su Servicio de Medicina Interna, le dije quién era, donde estaba, lo que yo deseaba y le pedí permiso para asistir al Hospital, a la hora que estimara conveniente. Él me abrió las puertas del Hospital y de su Servicio y, gracias a esta decisión, en ese momento, comenzó la etapa más fructífera de mi vida como médico.

De lunes a viernes acudía al Hospital a las ocho de la mañana. De ocho a nueve se celebraba la «Sesión Clínica», en

la que se repasaban todas las urgencias que se habían presentado en el Hospital la noche anterior y, al final, uno de los muchos recién licenciados, que estaban aprendiendo, hacía una puesta al día de algún tema encargado por el Dr. Sillero. Eran sesenta minutos muy fructíferos, siempre dirigidos y enriquecidos, con los últimos adelantos leídos en las mejores Revistas Científicas del mundo y derramados sobre nosotros, por el Dr. Sillero, como «agua del Jordán». Después teníamos 15 ó 20 minutos para desayunar y, a continuación, subíamos a las plantas 5.^a y 6.^a para ver, uno por uno, todos los pacientes encamados. Esa labor duraba entre hora y media a dos horas y, para mí, era el momento más importante del día, cuando más brillaba el enorme saber y magisterio de Sillero. Allí me hacía tocar un hígado o un bazo cuando estaban crecidos, auscultar cualquier soplo o ruido cardíaco anormal, por insignificante que fuera. Me enseñaba todas las radiografías o análisis que tuvieran alguna alteración y su relación con el posible diagnóstico. En pocas palabras, allí, día a día, enfermo a enfermo, de la mano del Dr. Sillero, volví a subirme al tren de la Medicina, aunque fuera en el último vagón.

De ese Servicio de Medicina Interna, por el magisterio del Dr. Sillero, han salido cientos de excelentes médicos que hoy se encuentran repartidos por toda la geografía española. Esa labor no tiene precio. Tengo la completa seguridad, y muchos me lo han confirmado, de que esos médicos siempre lo recordarán como el maestro que les abrió, de par en par, las puertas de la

«Gran Medicina» y, al igual que yo, le estarán infinitamente agradecidos, aunque alguna vez le hayan tenido que aguantar su «mal genio», del que yo he sido testigo, a mi pesar, más de una vez.

Al poco tiempo de mi asistencia al Hospital, le indiqué al Dr. Sillero que, su trabajo y sus lecciones deberían sobrepasar el ámbito hospitalario y llegar a los médicos extrahospitalarios, tanto de la capital como del medio rural. Aceptó mi idea y comenzó a impartir todos los años, cursos abiertos para todos los médicos, que se celebraban todos los sábados por la mañana, a los que acudían muchos compañeros, alejados algunos hasta más de cien kilómetros. Todas las lecciones que se impartían cada año, se recogían en un texto que se editaba por la Diputación Provincial, con el título de «Progresos en Medicina Hospitalaria», formando una colección que va desde finales de los años setenta, hasta el año 1993, que fue el último, con un contenido muy variado y una puesta al día de gran altura científica, tocando todas las ramas de la Medicina.

Desde que conocí al Dr. Sillero, su trato conmigo ha sido exquisito y, desde el primer momento me brindó su amistad, de la que me siento orgulloso. Soy un testigo privilegiado de su laboriosidad y puedo asegurar, desde que lo conozco, que cumple con severidad espartana el axioma de Lord Dawson, que dice: «Todo médico es un estudiante hasta que muere» y él morirá de placer, estudiando y ... ¡que dure mucho más! Ese es mi deseo.

R. Aguilera Vaquero
